

María Rosa Salvador o la pasión por la moda

Lola Gavarrón

Escritora y periodista experta en moda
lollette@terra.es

Resumen: La figura de María Rosa Salvador en España es la de una pionera de la moda deudora de la calidad y el rigor. Ahora que tan de moda está la pasión por el lujo, podríamos decir que ella fue una ardiente defensora desde 1965, año en que abrió Dafnis en Madrid, hasta 2006 en que lo cerró. Del lujo entendido como artesanía, materias primas naturales, control del producto y fidelización de la clientela. En definitiva el *one to one* tan buscado por la industria del lujo actual, que ella, instintivamente, practicó siempre en su taller y tienda de moda, que convirtió en una especie de templo de la cultura de moda en el que ella ejercía.

Y a él atrajo a las trescientas mujeres con mayor poder social en España. Mujeres que no “iban a la moda” sino que “eran moda”. Eran moda hasta en el menor de sus actos. Empezando por la propia María Rosa Salvador.

Abstract: Maria Rosa Salvador is synonymous in Spain with pioneer fashion of the highest quality. Now that the love of luxury is right in fashion she could be considered as its strongest supporter since 1965, when she opened Dafnis in Madrid, right up to 2006 , when it closed down. By luxury she meant craftsmanship, natural raw materials, product control and client loyalty. In fact, the ‘one-to-one’ today’s luxury industry is always aiming at , is what she always put into practice instinctively in all her activity in her atelier and boutique, turning them into temples of fashion culture.

This was the magnet for the 300 most powerful women in Spanish society - women who were not just fashionable but who were fashion itself in all they did. And leading them was Maria Rosa Salvador herself.

La reciente e inesperada desaparición, a los 84 años, de María Rosa Salvador, fundadora de Dafnis y promotora de la Aguja de Oro, ha generado, si cabe, aún mayor interés por su trayectoria. Ya en vida, María Rosa gozó del respeto y admiración de sus colegas, la amistad de sus clientas y la fidelidad cómplice de sus más de cuarenta empleados.

Ello llevó a la editorial La Esfera de los Libros a proponerle una biografía en diciembre de 2008. María Rosa, siempre discreta y poco amante de las entrevistas, solo impuso una condición para que se abrieran sus archivos de fotos y documentos: la biografía la tendría que hacer la persona que suscribe este artículo; yo misma.

Nos conocimos cuando en 1984 me llamó para que formara parte del Jurado de la Aguja de Oro en mi calidad de cronista de moda del Grupo 16. Desde entonces compartíamos una bonita relación de respeto y amistad. *La gran dama de la moda. María Rosa Salvador y el tiempo de Dafnis*, título final de la biografía que ahora está en las librerías, es fruto de esa relación que con el tiempo, los encuentros en los viajes y los amigos comunes, se fue impregnando además de verdadero cariño.

Una mujer entusiasta

María Rosa tenía la pasión contagiosa por el trabajo de quien se ha hecho a sí misma y ha descubierto paso a paso las claves de su propia vocación.

Todo empezó en 1925, año de su nacimiento en Barcelona. Hija mayor de los tres hijos que tendría el matrimonio formado por el valenciano Miguel Salvador, empleado de las galerías comerciales Quillet, y María Ramonacho, ama de casa, natural de Puigcerdá.

La prosperidad de Quillet –unas galerías “mini El Corte Inglés” en las que, según testimonios de la época, se podía encontrar de todo– provocó el cambio de residencia familiar de Barcelona a Madrid, cambio que sería definitivo para todos, ya que el padre asumió la dirección de la filial en Madrid. María Rosa contaba entonces cinco años.

Con gran acierto, sus padres la matricularon en la Escuela Plurilingüe, porque los idiomas hay que aprenderlos desde pequeña, y más si la propia María Rosa tenía ya perfectamente formado el mecanismo mental de cambiar de una lengua a otra, debido a que en su casa, la lengua materna sería siempre el catalán.

“Tres años de vacaciones” durante la Guerra y la lenta recuperación de la posguerra, unidas a las nulas expectativas de la época sobre la valía femenina, no impidieron que María Rosa empezase ya a colaborar con su padre en las Galerías Quillet desde 1942; o sea, desde que tenía 17 años. Podía compaginar sus estudios en el Liceo Francés con esta media jornada laboral.

El poder de la institución familiar era tal en ese momento que, aun siendo un genio, una mujer estaba abocada a demostrar sus habilidades únicamente en el seno de un hogar cristiano y venerable.

Luchando contra la época

Aún resonaba la lapidaria frase de Eduardo Zamacois: “Me aburro madre, me aburro siempre, cuando toco el piano, cuando bordo, cuando voy por las calles camino del conservatorio” (*Incesto*. Barcelona: Ramón Sopena, 1900) o la aún más penosa de Andrés Guelmain: “El dolor infinito de ser mujer y por tanto inútil para todo” (*El maleficio de la media noche*. Madrid: Caro Raggio, 1922). Novelas que sencillamente reflejaban el nulo papel social de la mujer española en el primer tercio del siglo xx.

Afortunadamente para ella, su padre, Miguel Salvador, siempre apreció la determinación, las ganas de independencia y la capacidad de trabajo de su hija mayor y la alentó, sin desmayo, en sus deseos de independencia. Para la madre, sin embargo, todo lo que no fuera el sacrosanto destino del matrimonio era perder el tiempo. Incluso en los tiempos de mayor éxito de la empresa de su hija, se lo recordaría..., lo que nos demuestra una vez más que no siempre las mujeres saben apoyar a las otras mujeres.

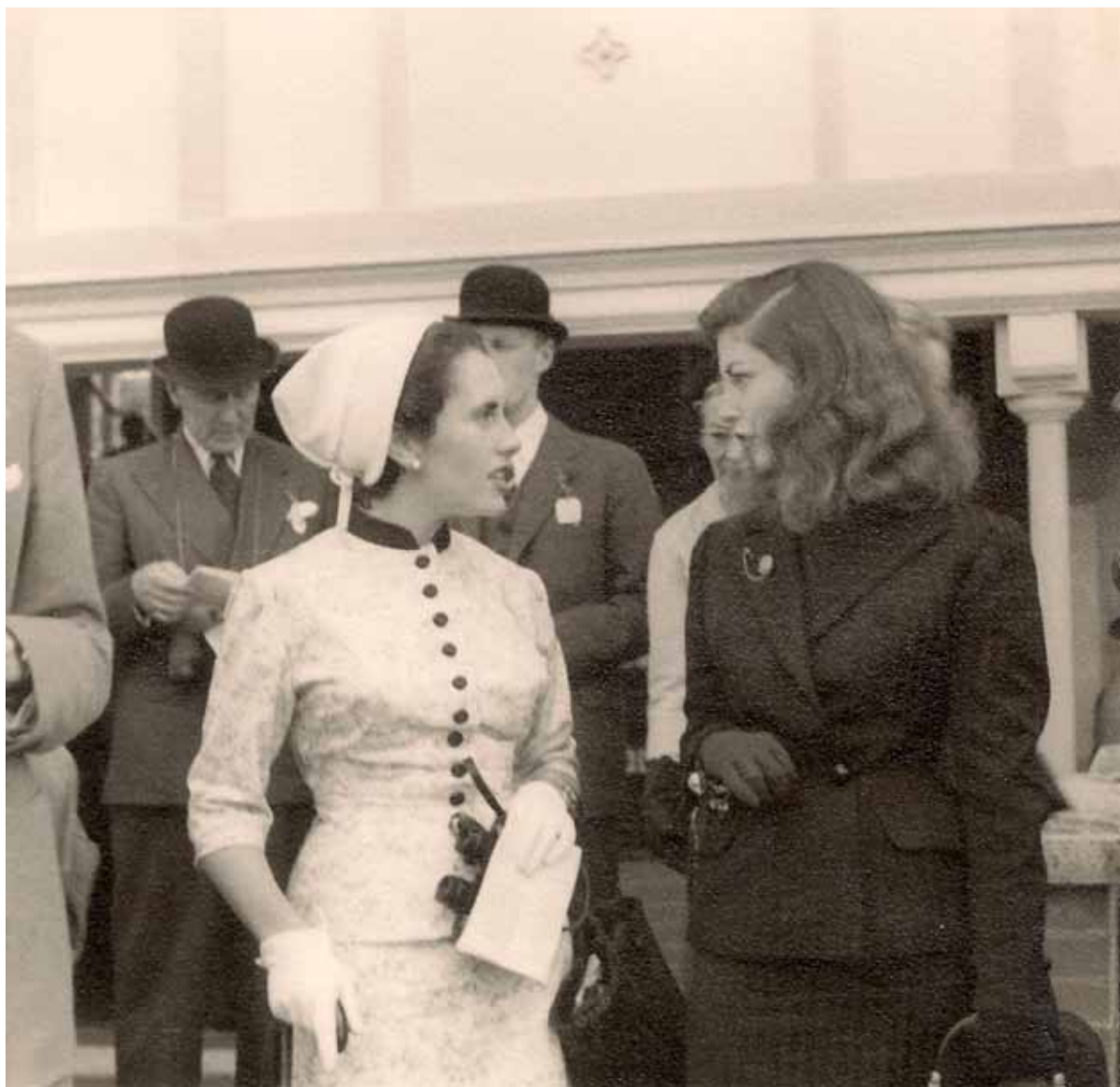


Figura 1. Ascot (izquierda) con Pier Angeli, famosa actriz de la época, 1953.

Conociendo las claves del mundo chic

A los 25 años, la perseverancia de María Rosa dio sus frutos: fue nombrada embajadora de la cuadra de caballos de Ramón Beamonte.

Y todo gracias a su mentora Carmina Martell, gran amiga de sus padres y persona que trabajaba codo con codo en la prestigiosa empresa de este refinado ingeniero de caminos, que además se permitía tener una cuadra de caballos y contar con Carudel como jinete. El apoyo de Carmina a la joven pero entusiasta hija de sus amigos fue definitivo para su contratación.

Durante veinte años, desde 1945 hasta 1965, María Rosa Salvador contó con un espléndido sueldo que le permitía tener un Peugeot 203 con el que hacía fabulosos viajes por toda Europa; administrar personalmente un presupuesto para invitar a celebridades en la tribuna de Beamonte; y familiarizarse con la geografía chic de Londres, París o Madrid, gracias a su presencia en los hipódromos de Ascot, Zarzuela o Longchamp.

Fueron años de aprendizaje inconsciente, despreocupación, naturalidad y gracia de una verdadera elegancia “bebida” en su caso en los hipódromos, por entonces pasarelas naturales del estilo. También fueron años en que captó las bondades de una empresa familiar en la que los empleados como ella tenían un trato casi familiar y espléndidas gratificaciones para conseguir el mejor ambiente en el trabajo.

Tanta ida y vuelta internacional le abrió los ojos sobre las carencias de la capital española en cuanto a moda. Su pasión por esa ropa bien hecha que “transforma” y da un porte especial consiguió que en su mente se formara un tan audaz como obsesivo plan: ella abriría una tienda con taller propio en Madrid, con el mismo nivel de exigencia que el de las que su exquisito trabajo le había permitido conocer en París, Milán y Londres.

Un Madrid severo, una capital provinciana

Cuando María Rosa Salvador abrió Dafnis en el Madrid severo y pacato de 1965, nadie la conocía en la moda; no tenía ningún pedigrí. ¡Nadie la esperaba!

Ese fue su verdadero mérito. Irrumpir en un oficio para el que solo contaba con su vocación y su experiencia como usuaria. Pero ella sabía que “con una pequeña ayuda de los amigos”, como cantaban los Beatles en ese momento, ella triunfaría. Su fe en sí misma era formidable.

Y así fue. Desde 1965 hasta 2006 año en que cerró sus puertas, Dafnis fue la tienda de alta moda de referencia en Madrid; la tienda en la que se vestían las doscientas mujeres con mayor poder social en España, que no es que fueran a la moda sino que ERAN moda; eran moda hasta en el menor de sus gestos y en Dafnis podían resolver cualquier inquietud indumentaria.

Dafnis era también el lugar al que soñaban ir las mujeres que iban progresando en la escala social, y sabían que allí se encontraban con exclusivas de *prêt-à-porter* como Missoni, Armani, Ralph Lauren, Ungaro; André Laugh..., o podían encargarse sastres y vestidos de noche de Chanel, Givenchy; Ungaro o Yves Saint Laurent. El talento en suma de la moda internacional podía adquirirse en Dafnis y a precios de taller español.



Figura 2. Blahnik, María Rosa (derecha) y Lola Gavarrón, 2001.

El lugar se convirtió en una especie de templo donde ella oficiaba. Como buena sacerdotisa, cuidaba los rituales al máximo. Tejidos, forros, botones, patrones; todo debía ser idéntico o mejor que el original. Los envíos, en preciosas cajas de cartón con la ropa envuelta en papel de seda y llevada a los domicilios por sus chóferes privados. La entrega, antes de lo previsto por si había que hacer algún cambio. Nada escapaba a su ojo clínico y exigente, que lo mismo captaba enseguida un nuevo valor a traerse a Madrid como un fallo del taller, por pequeño que fuese.

La excelencia tenía que justificar el precio. Dafnis estaba entonces entre las cinco tiendas más caras de moda en Madrid.

Comprando exclusivas en París

Hay que decir que María Rosa había tenido la enorme suerte de que la apertura de su taller coincidiera con el cierre del de Flora Villareal en Castellana 9, que entre 1945 y 1965 había significado lo máximo en la costura madrileña, hasta el punto de haber tenido como clientas a Grace de Mónaco o Ava Gardner, a su paso por Madrid.

Cuando Flora cerró, ella captó a sus oficiales rápidamente. Su inteligencia natural llevando el taller y las buenas maneras empresariales aprendidas en su paso por la empresa de Ramón Beamonte lograron el resto. En menos de cinco años había conseguido devolver todos los créditos, captar a la clientela más exigente y convertirse en la número uno de Madrid.

Fue entonces, en 1965, cuando en su primer viaje a París como compradora de Chanel, ocurrió la simpática anécdota que aparece narrada en el libro y que le permitía decir que “Chanel era una pequeña déspota que tenía atemorizadas a sus empleadas”.

A pinchazos con Chanel

En 1965, María Rosa pagó lo que hoy día serían 100.000 pesetas, para poder entrar en el desfile de costura de Chanel en París y como *acheteur*, como compradora.

Ello daba derecho a cuatro patrones. El que más le gusto fue el n.º 15: un *tailleur* o traje sastre en *tweed* blanco con cinta de seda rosa palo entrelazada que culminaba en gran lazo en el escote y del que prudentemente se dijo: “me lo probaré sobre mí, porque si no se vende que al menos me lo pueda quedar yo”.

Tres días más tarde la citaban en los probadores del 31 *rue Cambon*, sede de los talleres y de la casa Chanel. Allí vivió una primera y larga prueba a cargo del sastre que dio lugar a la prueba definitiva con *Mademoiselle*.

¡Todo menos definitiva! A Mlle. Chanel no le gustó nada dónde había colocado las pinzas en el taller y procedió a trabajar con las tijeras y los alfileres “directamente” sobre el cuerpo de la española, más que sorprendida por la actitud de la intocable, quien furiosa no atendía las protestas por los pinchazos “¡y es que tenía donde pinchar claro, que yo siempre he tenido mucho pecho, pero vaya, se pasó!”.



Figura 3. Oscar de la Renta, Givenchy, Philippe Vennet y María Rosa, 2002.

Donados al Museo del Traje

De aquel traje sastre blanco solo logró vender cuatro ejemplares. Uno de ellos a su amiga Marisol Torres. El precio resultó disuasorio para Madrid y su intuición de hacérselo a su medida, bastante sensata.

“La recuerdo como una déspota, la verdad. Al menos aquel día; no sé si siempre tenía ese humor agrio. Pero estuvo olímpica y un poco antipática, teniendo en cuenta que yo era una clienta..., además observé que hasta su personal la temía”, señalaría María Rosa sobre Chanel muchos años después, en 2005, al hacer donación de ese sastre al Museo del Traje de Madrid.

Precisamente el Museo del Traje es el que alberga entre sus fondos ese sastre n.º 15 en *tweed* blanco y *beige* y lazada al tono; además de un precioso traje de tafetán de seda en amarillo limón sobre fondo chocolate, firmado por Christian Lacroix. “Cuantas más personas vean estas piezas capitales para la moda, mejor”, razonó ella, a la hora de hacer estas importantes donaciones al Museo.

En el Museo del Traje, se realizarían también, en 2004, 2005 y 2006, las tres últimas ceremonias de entrega de la Aguja de Oro de Dafnis, el Premio de moda internacional, instaurado por ella para lograr que vinieran a España diseñadores importantes.

Desde 1981, en efecto, la entrega de la Aguja de Oro, que al principio era un acto bastante íntimo, se había ido convirtiendo en el gran evento social del año. Todo el mundo quería estar allí.

Un jurado particular

Sin patrocinadores ni *sponsors*, como se dice ahora, sino simplemente por amor a su país y por amor a la moda, María Rosa había conseguido que desde 1981 hasta 2006, la Aguja de Oro fuera uno de los reconocimientos de moda más prestigiosos. Jesús del Pozo, Elena Benarroch, Francis Montesinos, Sybilla, Loewe, Castañer, Roberto Verino, Adolfo Domínguez, Manuel Peretegaz..., lo lograron por el diseño *Made in Spain*. Y lo ganaron justo en sus años mágicos.

Jil Sander, Moschino, Versace, Armani y Miyake; Narciso Rodríguez; Ungaro; JP. Gaultier; Oscar de la Renta, Lacroix y Valentino; Tom Ford, Manolo Blahnik, Galliano para Dior y DSquared2..., fueron los galardonados extranjeros.

Todas las entregas tuvieron sus anécdotas divertidas o singulares. Que iban fomentando una cultura de moda en nuestro país. Además JP Gaultier y Manolo Blahnik encandilaron a los asistentes con su desparpajo tan inteligente como mundano, en el mejor sentido de la palabra.

Ya el Jurado de la Aguja de Oro expresaba la sabia inclinación de María Rosa por todo lo que fuera mezcla y combinación.

Clientas fieles como Isabel Preysler, Carmen Martínez-Bordiu, Yolanda Fierro, Marisa de Borbón o Gratia Furstemberg compartían la intensa tarde de deliberaciones –que solía ser en abril– con periodistas de todos los medios. La mayoría mujeres. Aunque también estaban



Figura 4. De izquierda a derecha: Carmen Martínez Bordiu, Isabel Preslyer, María Rosa y Marisa de Borbón preparándose para una de las reuniones del jurado que solían celebrarse en el interior de Dafnis, ca. 1990.

siempre los periodistas Carlos García-Calvo, Pedro Narváez y Pedro Mansilla. Además de Juan Ruiz-Vernacci, fundador de Cadena y único tejedor español que podía sacar de un apuro a María Rosa cuando el proteccionismo industrial detenía más tiempo de lo debido los tejidos con destino a Dafnis en la aduana.

Sana confrontación

La visión de los periodistas, yendo y viniendo todo el día para detectar talentos, no era exactamente la misma de las clientas.

Pero la confrontación resultaba enriquecedora para unos y para otras. La prueba: nadie quería irse mucho tiempo después de haber salido el ganador o la ganadora. Mezclar personas es el éxito de cualquier buena tertulia. Y además, y como bien dice la periodista Mara Calabuig: “La Aguja de Oro nunca pinchó en falso”. Siempre tuvo mucho *feeling* para saber en qué momento de la carrera de un gran nombre había que otorgar el premio.

Valentino, Pertegaz y DSquared2 recogieron su Aguja en el Museo del Traje. La ceremonia empezaba en el salón de actos –tan imponente como poco acogedor en mi opinión– y



Figura 5. María Rosa, Pertegaz (derecha) y Valentino, 2004.

terminaba con corrillos por los jardines del Museo, en aquellas deliciosas tardes de verano de 2004, 2005 y 2006.

De paso Valentino, Pertegaz y los gemelos de Ámsterdam se extasiaban con los fondos y las instalaciones de un Museo inesperado y de gran envergadura. ¡Era un orgullo poder mostrárselo!

Una sensación de monotonía

Pero en 2006 tenía 81 años y el desgaste del trabajo, los encargos, los aeropuertos y la edad empezaban a hacer mella en ella. También parecía imposible que desapareciera un día Dafnis, y sin embargo:

Una mañana de enero de 2006 me levanté, no sabría cómo explicarlo, de otra manera. Tendría que bajar como todos los días abajo y supervisar una cosa y otra. Y así indefinidamente. Y de pronto, tuve una sensación de monotonía. De rutina. Y por eso cerré.

Una sensación de monotonía. La quintaesencia de lo que no favorece en nada el trabajo. La idea le rondaba la cabeza desde las Navidades. Con el Año Nuevo y sus propósitos de vida nueva, empezó a mirarla sin miedo.

Tenía 81 años y había viajado, peleado y trabajado duro desde los 17. Como dijo Charlot: “El tiempo es un gran autor, siempre escribe el mejor final”. Ella sentía que había llegado el suyo. Se lo dijo –a ver qué tal– a Tita Flores, una querida clienta que se probaba abajo... Y que la abrazó con sentimientos encontrados.

Hay que saber acabar una historia

Luego habló con Mabel y con Gloria, sus ayudantes de siempre, con más de treinta años trabajando con ella, y con Pilar y Aurora, contratadas en los últimos años. Ellas se lo esperaban... Hay pocas cosas que una mujer puede esconder a otra mujer. Ellas ya habían captado su cansancio, sus lapsus de memoria, sus alteraciones nerviosas. María Rosa estaba cansada.

Lo del taller fue más duro, con todavía quince modistas trabajando en él. Hubo llantos, vértigo, ansiedad y angustia por el futuro; las reconfortó como pudo a todas. Y allí mismo se puso a clasificar tejidos, forros, botones, hilos y flores, que guardó meticulosamente en cajas previamente etiquetadas.

Regaló mucho y liquidó también mucho. Todo ello con el mayor sigilo, pues todavía había encargos realizándose en el taller. Con el mismo orden con que montó su tienda, la desmontó, sin que nada de valor se perdiese. Seis meses de “tránsito” y de altibajos de ánimo.

Y habilitó un “mini Dafnis” en su casa del RACE, con los complementos que no quiso vender nunca. Porque cada uno tenía una historia y todas ellas eran agradables.



Figura 6. Donación Christian Lacroix al Museo del Traje. CIPE, 2006.



Figura 7. Donación Chanel al Museo del Traje. CIPE, 2006.

El 31 de julio de 2006 lo cerraba. Las veintidós personas que quedaban, ella incluida, se hicieron la última foto de familia al pie de las escaleras. A los escasos periodistas a los que habló en ese momento de sus sentimientos, entre los cuales yo misma, vino a decirnos algo así como: “La nostalgia es un error”.

Y que la vida ofrece en cada instante, en cada día, algo que merece la pena. Un secreto que hay que descubrir. Y vivir con toda intensidad. Ella tenía una gran vitalidad y ponía mucha “temperatura” a todo lo que planeaba.

Casada con la moda

Ella descubrió lo mejor de sí misma en la moda, en su capacidad de lenguaje en su poder de transformar a una persona, de ayudarle a ser otra.

La metamorfosis de la que tanto gustan las mujeres. Siendo siempre las mismas.

Como la amante de Verlaine: “Siempre la misma siempre distinta”. Ese fue su don y lo repartió con tanta generosidad y alegría que clientas, periodistas, proveedores, oficiales y amigas la recordarán siempre como una persona que supo vivir las claves del trabajo con las mismas claves que la amistad: lealtad y transparencia.

Su éxito, además de legal y reconocido, fue un éxito compartido. Se involucró a fondo en instaurar la Aguja de Oro para que, aunque solo fuera por aquellas tardes mágicas de la entrega, España entrara en el calendario internacional. Y todo porque sí. Porque la entrega del premio no le traía precisamente nuevas clientas. Ni las necesitaba, tampoco. Pero ensanchaba la Moda en España.

Como ella decía con gracia cuando le preguntaban sobre por qué nunca quiso fundar un hogar: “Me pareció mucho más apasionante fundar Dafnis”.

Un libro coral

Igual que ahora se habla mucho de una película coral, *La gran dama de la moda* es un auténtico libro coral. En él y a través de mí hablan casi cien personas que atravesaron la vida de mi biografiada. Como amigas, como empleadas, como oficiales de su taller, como familiares, como colegas.

También decenas de personas que observaban en calidad de periodistas, la singular trayectoria de esta mujer, especie de Juan Mordó de la moda que siempre pudo permitirse los proyectos que ideó.

Casi cien personas respondieron a mi solicitud y me mandaron su testimonio sobre ella vía *e-mail*, vía carta postal o por teléfono. También, el desafío de reconstruir cuarenta y cinco años de trabajo mereció muchas entrevistas personales en las que yo tomaba nota y luego reproducía la “mirada” de esa persona, bien entrecomillada en el texto cuando venía a colación, bien transcribiendo toda su impresión por entero, en el anexo final.

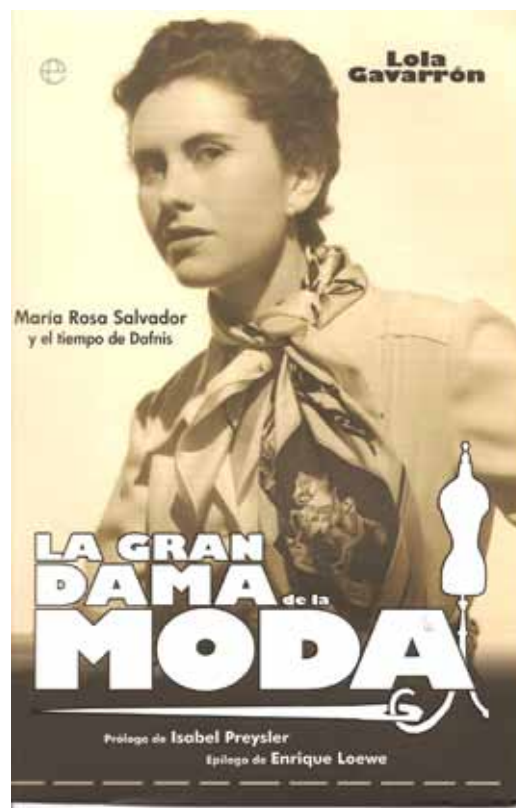


Figura 8. Portada del libro *La gran dama de la moda*.

Muchas personas me han preguntado si María Rosa llegó a tiempo de leer su biografía antes de su inesperada muerte, el 1 de febrero. ¡Y bien! ¡Sí! Leyó las galeradas en Navidad. Según testimonio de su fiel Hilda, la doncella dominicana que llegó hace dieciocho años a España y desde entonces estaba a su servicio: “Lo leyó de un tirón, no había manera de que viniera a comer o a cenar; al final aceptaba pero se veía que estaba deseando volver a leer todos aquellos folios que habían llegado a la casa”.

De un tirón y sin gafas. Apunte que señalo porque es una vez más expresivo de su buen ojo para todo. Y me llamó. Me llamó a mediados de enero, porque sabía que yo estaba de viaje y con gran sencillez, y después de haber hablado de mil y una cosas, de las Navidades... y demás, dijo con voz clara: “¿Cómo me has podido captar así..., cómo me has podido captar así?”.

Así era María Rosa. No había más que decir. Mi obsesión por ser fiel a las confesiones que ella me había hecho en la intimidad de su casa de campo durante sábados y sábados de 2009 tenía recompensa. No me había inventado nada que no fuera el ritmo literario.

Bibliografía de moda

Cuando el libro se presentó la tarde del martes 23 de marzo en el Salón Albéniz del Hotel Intercontinental de Madrid, aproveché la extraordinaria afluencia para dar las gracias públicamente a Imelda Navajo, directora de la editorial La Esfera de los Libros, por su fe en un proyecto que suma un libro más en la escasa bibliografía de moda existente en España.

Como profesora de másters de comunicación de moda y belleza en España, siempre me molesta un poco remitir a mis alumnos a las librerías del Museo de las Artes de la Moda de París o a cualquier buena librería que les salga al paso en París, Londres o Milán, y no poder decir lo mismo de Madrid o Barcelona, donde los estantes con libros dedicados a la moda son minoría.

Tiene mérito que en dos años La Esfera de los Libros haya publicado la biografía de Amancio Ortega, fundador de Zara, a cargo de Covadonga O’Shea, directora del ISEM de Madrid y de María Rosa, fundadora de Dafnis, en teoría la antítesis de la filosofía de Zara. En teoría, porque en la práctica los dos han sido figuras señeras en el arte de dar a la moda en España el “volumen” que necesitaba para interesar a los nativos en primer lugar y a cuantos vengan por aquí en segundo lugar. También ha publicado La Esfera de los Libros la biografía de Misia Sert, tan decisiva en la vida de Chanel.

Ojalá que pronto se haga una buena biografía de Balenciaga, el gran señor y máximo nombre de la moda en España hasta ahora. Y que se hagan más tesinas y tesis doctorales sobre el lenguaje de la moda, algo tan universal como la música y que no necesita traducción. Y que, como consigue la música, permita que los seres humanos se reconozcan con solo mirarse.